



EPISTOLA

Sr. D. M. de J.

Dice usted, y no dice bien, que orar no es de todos ni para todos: que no todos saben orar, ni todos tienen tiempo para ello.

Perdóneme, amigo.

Yo podría decirle: ¿no saben?, pues que aprendan.

¿No tienen tiempo?, pues que lo busquen, y si no lo encuentran, que lo roben.

Que lo roben al descanso, a la diversión, a lo que puedan.

Pero no quiero hacer hincapié en esto, y le digo: no hay nadie que no sepa orar: a su manera, claro es, pero al fin orar.

Porque ¿qué es orar? Ponerse en comunicación con Dios: nuestro entendimiento con su Verdad, nuestra voluntad con su Bien, nuestra alma con su Amor y con su Vida.

¿Ve usted el acto de fe? En el fondo es ya una oración: es comunicar con la Verdad de Dios para aceptarla rendidamente.

¿Ve usted el acto de súplica y de petición? Pues en el fondo es otra oración: es comunicar con el poder de Dios, reconociéndolo, y con su bondad, esperando de ella el socorro que necesitamos.

¿Ve usted el acto de arrepentimiento y el propósito de enmendarse? En el fondo otra oración: es comunicar con la majestad de Dios a quien se ha ofendido, procurando desagradarla, y con su voluntad soberana, prometiéndole que será en adelante y siempre nuestro única norma.

El acto de humildad y de anonadamiento, el acto de adhesión y de amor, en el fondo oración también.

No sean sólo actos momentáneos, prolonguense cinco minutos, un cuarto de hora, media hora, y vea usted ya media hora o un cuarto de hora de oración.

¿Y quién no sabe hacer actos de fe, o de esperanza, o de arrepentimiento, o de humildad, o de amor?

¿Cree usted que son cosa difícil?

Porque además quiero decirle otra cosa: un santo en sus oraciones no hace más.

Lo hace con más alma que nosotros, esto es todo, pero no hace más. Lo otro más que en su ratos de oración advertimos, lo hace Dios, Dios que se deja ver de ellos con más claridad, y que se deja oír de ellos con más fuerza, y que se deja sentir de ellos con más intensidad, y que se deja gustar de ellos con mayor suavidad y dulzura.

Es Dios comunicando con el santo en abundancias inefables y pagando así las tiernas y fervorosas comunicaciones del santo con El.

Y vea usted por qué no hay diferencias entre doctos y no doctos, entre letrados e ignorantes. Dios paga las tiernas efusiones del alma, no los bellos discursos del entendimiento.

Aún me atrevería a decir que, si alguna diferencia hay, es siempre a favor de los pequeños.

Y si todavía me siguiera usted diciendo que la cosa no es tan fácil como yo la pinto, yo le replicaría esto sólo: lo difícil se hace fácil a puro de hacerlo con constancia.

La costumbre hace fáciles las cosas más difíciles.

El hábito da la facilidad y la maestría.

¿Para aprender a hacer una cosa? Pues hacerla cien veces, mil veces, un millón de veces.

Al principio mal, después menos mal, por último bien.

¿Para lograr la facilidad de una cosa? Pues hacerla y volverla a hacer cientos de veces.

Al principio con dificultad y con esfuerzo, después con facilidad y con trabajo, por último sin trabajo y fácilmente.

Y no olvide que en la oración la gracia interviene para todo.

Y que Dios no regatea su gracia al que quiere aprovecharla.

Termino como terminaba mi anterior.

¡Oh, si las almas supieran las mieles y las suavidades que Dios atesora!

¡Si lo supieran!

Se darían a la oración con toda el alma.

Siempre suyo,

M. DE SANTA CATALINA.

MIRANDO A LA INMACULADA

POBRE JULIO!

Eras, Julio, muy joven, pues tendrías doce años nada más, y rayos de luz pura derramabas por doquiera al pasar.

Tu frente grande, inmaculada, tersa, palacio de tu alma, alma que por tus ojos despedía brillantes llamaradas.

Ojos negros y puros, como el agua de fuente cristalina, a través de los cuales toda entera tu alma se veía.

Mejillas sonrosadas donde, en refrigerio muda, luchaba con el blanco de la nieve el rojo virgen de tu sangre pura.

Doble no había en ti, querido Julio, porque tu pensamiento flamaba en tu frente inmaculada como en tus ojos negros.

Luego, un día te vi, algunos años habían pasado ya; la vergüenza encendió tu rostro, Julio, bien lo recordarás.

Apagados estaban ya tus ojos hundidos allá dentro, parecían un par de criminales embozados detrás del pensamiento.

Amarillos tus labios, siempre rojos, hoy sin color y mustios para siempre, exangües y sin vida que semejan dos hojas secas de rosál silvestre.

Por tus ojos pasó cruel tormenta, surcó tu frente fulgurante el rayo y un montón de cenizas es tu pecho humedecido con tu eterno llanto.

Huyeron de ti las ilusiones cual bandada fugaz de golondrinas; no las esperes más, pues no hay más que una primavera en el año de la vida.

¡Pobre Julio! tan joven y tan viejo, ¡cuánto tiempo has vivido en pocos años! Naciste ayer y estás hoy ya de marcha, ¡Qué recuerdos te llevas tan amargos!

Llora, sí, Julio, llora, y llora sin cesar noche ni día, tal vez el fuego del dolor sincero pueda borrar las huellas de tu vida.

Purifica en tu llanto generoso una por una todas tus pisadas; no llorás solo, no, llora también el ángel de tu guarda.

¿Te acuerdas de tu madre? —¿Dónde está Julio?— un día la dijeron. Y un puñado de lágrimas tragando. —¿Julio?— dijo— murió hace mucho tiempo. Y a sus ojos hinchados y brillantes se asomó un pensamiento que en el aire escribió con tintas negras una historia que todos *ler* pudieron.

¿Te acuerdas de la Virgen? —Aquella Virgen a quien tanto amabas? Y si te acuerdas aún, ¿te atreverías a mirarla de frente y cara a cara?

Una espina cruel lleva en el pecho tu divino Jesús, y esa espina punzante, no lo dudes, esa espina eres tú.

Te ha amado tanto, Julio, te ha querido con tal fuerza y virtud que aún te espera, después de tantos años, con los brazos en cruz.

Es tu Padre y, acaso, en este instante, pensando en ti estará;

lleva sangrando sus divinos pies de tanto caminar.

Corre, Julio, arrojate en sus brazos y arráucale esa espina, por piedad; ¡lleva pocas espinas, en su frente, que aún le clavas tú más?

Si desprecias, ingrato, mi consejo, decídetelo a morir. ¡Pobre Julio, morir sin esperanza por tu pecado vil! No levantes tu vista a las estrellas, no está tu patria allí, despidete del ángel de tu guarda para siempre sin fin.

Di a la Virgen purísima y sin mancha que no te espere más, que olvide ya tu nombre y tu memoria por una eternidad.

Yo le daré a la Virgen Pura y santa mi pésame sincero. Yo le diré: —Señora, ya habrás visto que no tiene remedio. Tendrás que conformarte; por desgracia, ni el ha sido el primero ni el último será de los que se hundan, ¡cómo ha de ser, lo siento!

Puedes estar tranquila: ¿qué no hiciste por salvar a ese Judas del abismo? ¿Qué más debiste hacer, Virgen purísima, si todos lo hemos visto? Agotaste con el el mar inmenso de todos tus cariños, le tendiste tus brazos como cables y agarrarse no quiso, y prefirió abrazarse con el fango; no, no, no te ha querido; ya está allá para siempre, para siempre, para siempre sin fin, ¡justo castigo!

Julio Ascanio.



—Acmaría purisma.

—Sin pecado concebida. Así me gusta, Macario, y no como otros días que te estoy llamando tres horas.

—Es que s'acercas la Purisma y quería decíle a usté una razón.

—¿Qué razón es esa?

—Pues mire, cuanto antes lo diga, antes se m'irán los apuros; lo que s'ha de empeñar, vendelo es lo me-

jor.. De modo que se lo voy a icir de corrida.

—Ya lo podías haber dicho, y no tanto reparativo para nada.

—Es que usté siempre me lleva la contra y me da una miaja reparo, no lo vaya a llevar a mal.

—Anda, reventada de una vez.

—Pues nada, que *quió* tomar es-
tao, ya está dicho.

—¿Que te quieres casar?

—No, *siñor*, ni *quia* Dios que me dé por ahí.

—Entonces, ¿es que te quieres meter religioso?

—Tampoco, no *siñor*; *quió* tomar otro *estao*.

—¿Qué estado es ese?

—Pues, eso es *mesmamente* lo que le quería decir a usté.

—Bueno, pero ¿qué estado es ese?

—Pues *estao* de bolchevique.

—¡Bendito sea Dios!; pero ¿tú sabes lo que es eso? ¿Es que quieres hacerte de los soviets rusos?

—Eso *mesmamente*, aunque tenga que vivir en Rusia y dejar Zaragoza *pa to* la vida. ¡Zaragoza, Zaragoza! Aquí vas a un banquete, si te convidan; que, a lo mejor, empieza el banquete por no *convidate*. Y, si te convidan, te dan media *ocena* de platos y... cósete la boca, mañana será otro día, *quien* provecho, a casica y en paz. Allí no; allí te atizan setenta platos, pero platos, no *pintaos*, sino de *verdá*; y te los tiés que comer, si no te los hacen llevar a casa *pa* que te diviertas *pol camino*. Eso es *cristiandá*, y civilización, y adelanto, y...

viva la Pepa; lo demás, como aquí, no son más que chinches y piojos y ganas de *moriçe* de asco y meningitis.

—Pero ¿quién te ha contado eso?

—Pues quien lo ha visto y lo ha *catao*.

—Por supuesto, no habrá sido Pestaña, el socialista.

—No, *siñor*, es otro que *tié* más pupila que ese.

—Querrás decir más estómago.

—Sí, señor, más estómago y más quinqué.

—Me dejas admirado, Macario. Yo que creía que, en Rusia, se vivía tan mal y la vida era tan difícil.

—Na deso. Allí *too* es del pueblo. ¿Ves ese palacio?; del pueblo. ¿Ves ese hotel?; del pueblo. ¿Ves esa fábrica?; del pueblo. Allí *too* es del pueblo. Que *tiés* hambre, te metes en el hotel. Que *tiés* ganas de trabajar, te metes en la fábrica. Que *tiés* sé, te metes en la taberna y te arreas media *ocena* e copas; y así *pol* estilo.

—Por fuerza que no has entendido bien, Macario. Esa Jauja no está en Rusia, yo te lo aseguro. En Rusia hay pobres que se mueren de hambre, ricos que se mueren de indigestión; allí hay listos y tontos, como no hayan suprimido los tontos a cañonazos, que todo pudiera ser. Allí hay hombres de bien, elementos de paz y orden; y granujas que pretenden vivir de sus malas artes. Ese hombre que te ha contado todo eso ha pretendido hacerte comulgar con ruedas de molino; tú te has tragado esas ruedas, como si fueran comuniones de verdad. Pero eso pasa porque te ha tomado por un pipiolo inconsciente; como si fueras de otro mundo y no supieras lo que pasa en éste; es decir, te ha tomado por un tonto, en lo cual no ha estado muy desacertado, supuesto que todo te lo has creído. Ese hombre es un irónico y ahora se está riendo de ti. Si tú hubieras sido un hombre avisado, te hubieras sentido ofendido y le hubieras arrojado sus palabras a la cara, diciéndole: Pero ¿por quién me toma usted a mí?

Yo creía, Macario, que no había ángeles en la tierra, y lo sigo creyendo; por lo visto, al huir del mundo, se han refugiado todos en Rusia, como última estación, país de ensueño, verdadero edén, región encantada, en donde todo sonreía como en un verdadero Paraíso. ¿Y los ríos de sangre que se han derramado? ¿Y los niños que murieron de hambre? ¿Y las hecatombes...? ¿Qué! ¿No te gusta? De todas esas orgías, yo no sé que se haya pagado la factura, y sube un pico. ¿Qué! ¿Te sabe malo? ¿Que tendamos un velo? Bueno, tendamos un velo; pero conste que yo no soy Macario; yo sé lo que hay detrás de ese velo... Y los rusos también lo saben, y lo sufren y se aguantan, porque no hay remedio; pero, si, allí todos lo saben, y lo lloran, con el único consuelo de encomendarse a san *Lenin*, un santo hecho a prisa en las barricadas y que se ha impuesto a la masa con el único objeto de quitar a los otros santos de los altares. Por lo visto, allí sólo ignoran estas cosas los que llegan en el tren rápido, a las horas de comer y salen corriendo, aturridos, por el ruido de los taponazos del champán que paga el pueblo; por eso, porque es el único propietario que lo tiene todo y lo paga todo. Allí se ha hecho una total renovación de todo; se han extinguido todas las aristocracias, menos la aristocracia de los vivos; se las ha arrojado por la ventana, pero han invadido el Estado ruso otras que entraban en tumulto por las puertas. Se ve en todo la mano del judío que, con un sarcasmo cínico e inaudito, no parará hasta obligar al pueblo ruso a que le dé las gracias por haberle empobrecido, colocándole a las puer-

tas de la muerte. Francamente, yo no necesito ir a Rusia para saber que el pueblo ruso es hoy un pueblo mustio y triston. Que ¿en qué me fundo? En el conocimiento que tengo de la vida y de la naturaleza humana. La parte más noble del hombre se compone de ese rico patrimonio de grandes y nobles ideales que tienen su raíz sobre las nubes, es decir, en el mismo cielo. A cada planta hay que darle un cultivo especial, y esos ideales, que son de naturaleza eterna, hay que regarlos y fecundizarlos con agua del cielo: el agua de nuestros manantiales y de nuestros ríos no sirve. La frondosa vegetación de esos ideales es lo que hace la vida más llevadera y hasta dulce, suave y ligera; y todo hombre, para ser feliz, tiene que tener bien lozanos y con vida abundante esos ideales. Ideales que son, entre otros, el ideal de nuestra inmortalidad, el ideal de lo justo, de lo grande, de lo bello, de la patria, de la familia; y los ideales que son consecuencia de éstos: el ideal de una eterna recompensa y de un hogar eterno en el seno de Dios, Padre universal de todas las gentes. No cito más ideales; si fueras normal, te diría que consultaras tu corazón, en donde el dedo de Dios los ha escrito todos. Pues bien, los pueblos que no cultivan estos ideales son pueblos a los que falta algo fundamental a la vida humana y, por lo tanto, son pueblos mustios, tristonos; pueblos enfermos que tienen paralizada la más noble parte de su ser. A veces, ellos mismos no saben lo que tienen: es un malestar cuya causa desconocen. Se quejan de la vida, de los amigos, de la familia, de los gobiernos; se quejan de todos, menos de ellos mismos, en cuyo pecho está la causa de su enfermedad: se alza en su pecho la tumba fúnebre de muchas cosas muertas, y arrastran una vida así, al borde de una tumba, en donde se van sepultando poco a poco. Los médicos rutinarios y sin experiencia se acercan a esos pueblos, les toman el pulso, les miran la lengua y acaban por decir: —Este enfermo no tiene nada: se queja de vicio—. Y no ven que tienen muerte más de la mitad de su ser, la parte más noble. Con una circunstancia agravante y es: que aquel pueblo sin ideales es candidato próximo a constituir un pueblo de salvajes; no es otra cosa el pueblo sin ideales. No tendremos que esperar mucho; qué digo, esperar, aplicad el olfato, ¿no olfateáis la sangre, todavía fresca? Esto creo yo, con la antorcha del sentido común en la mano. Como no sea que el pueblo ruso esté hoy más agarrado a Dios que antes y se haya obrado en él una verdadera renovación religiosa que le ponga en mayor intimidad con la vida inmortal del Paraíso. Pero no, ha sido un pueblo iconoclasta; allí no ha quedado en el altar más que un pobre neurasténico que se está lavando las manos y aún no se las ha podido limpiar de las salpicaduras de sangre que las mantiene rojas. El pueblo que no adora más que a *Lenin* es un pueblo loco, que ha perdido el juicio, porque ha considerado mejor vivir sin juicio que contemplar el espantoso estrago de la tormenta que sobre él desataron. ¡Adorar a *Lenin*! ¿Para qué mayor castigo?

—Señor, no s'acalore, que aún no

himos cenao y aún tengo dir antes a la novena de la *Purisma*, que están tocando. Y, si le *paice*, deje eso de Rusia, que aún no sé si m'haré bolchevique, sovieta u afilador. Ya lo pensaré otro día, que m'ha puesto la cabeza como una sandía, y ese señor que ha ido allá *pué* que no se enterara bien de todo, y él es *güeno* y muy amable.

—No, si no lo dudo que es buena persona; pero que, vamos, descubriremos a los discípulos de *Lenin*, como si no supiéramos lo que sabe toda Europa, que se arma contra ellos para defenderse, es algo cándido que ya no puede pasar. Es como si un sabio nos hablara maravillas del cólera, que no aceptaríamos su lenguaje, pues nos exponíamos a ser en breve un pueblo de coléricos. Y no soy yo, Macario, sólo; que se lea a Pestaña, a Gómez Carrillo, a Bueno y a tantos otros. Esos se han presentado allí también, han tomado su papeleta y han dicho: que conste mi voto en contra. Y si es por los buenos banquetes que allí se han dado, considero muy caro el cubierto, a ese precio. Sólo de un pueblo sin pecado, como la Inmaculada Concepción, a la que vamos a festejar, se puede hablar así. ¿No te parece, Macario?

—Mire, a mí no me parece nada; ya no veo y le oigo a *usté* como si oyera la rueda de un molino.

—Ese señor, mi querido Macario, ha visto a Rusia en la superficie, próximamente adecentada, y no conoce a Rusia, como no conoce un libro aquel que sólo le conoce por las cubiertas. Yo no dudo, no tengo derecho para dudar de que ese señor es buena persona y que tiene buena intención; pero le han dado el timo. Antes que decirnos esas cosas, ha debido ir a todos los gobiernos de Europa, a los de América, etc., etc., prevenidos contra Rusia. Pidamos al cielo mucho por la pobre Rusia, hijo mío.

—Sí, señor, y pidamos también por nosotros, que no sé a qué hora cenaremos.

EL MAGO.

ECOS DEL SAGRARIO

¿Que Dios no se te deja sentir?

¡Pero, hijo!...

¿Cuándo se deja sentir más la salud? Cuando se está enfermo.

¿Y el pan? Cuando se tiene hambre y no se tiene pan.

¿Y el agua? Cuando se tiene sed y no hay agua con que apagar la sed.

Así también muchas veces: ¿cuándo se siente más a Dios? Cuando menos se deja sentir.

Porque entonces se aviva más el deseo y se siente con más fuerza el hambre de sentirle.

Y eso es obra del sentimiento de Dios en el alma.

¿Que sufres?

No te quejes.

Lo quiere Dios, y esto basta.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

María es el refugio de los acudidos

(CONCLUSIÓN)

Por eso dice el melifluido doctor San Bernardo que acudamos en todas nuestras cuitas y penalidades a nuestra Madre del cielo. Acudamos a ella; también nosotros estamos necesitados de su ayuda y protección, pues todos ofendemos a su Divino Hijo, mereciendo cien veces la muerte eterna. Pidamos por nuestra patria, por nuestros hermanos que pelean en los campos de Marruecos; por los que vivimos en este valle de lágrimas y por las benditas almas del Purgatorio. Invicto y benemérito Cuerpo de la Guardia civil: La bandera española ondea junto al Pilar de Zaragoza, y así como todo militar debe respetar y hacer respetar su bandera, así vosotros, junto con nuestra bandera, debéis respeto y acatamiento a vuestra Patrona, la Virgen del Pilar. Vosotros, con el esclarecido Cuerpo de Correos, bendicidla siempre, y en vuestras dificultades y peligros, suenen dos ecos salidos de vuestro corazón español; éstos gritos sean: "Bendita y alabada sea la hora en que nuestra Señora del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza", y "¡Viva España, nuestra querida Patria!"

Vituperar un vicio es loar la virtud contraria; no se debe tomar el rábano por las hojas.

La vida más hermosa es la que es repartida entre otros, por amor a Dios.

* * *

Un buen amigo mío me indica que con gusto vería un segundo artículo *en broma y no en broma*, y, por darle gusto y con permiso de los que atribulan una segunda intención al primero, voy a empezar.

Yo cultivo algo el chiste, y eso que, para cultivarlo, no dispongo de tierra para sembrarlo; no obstante, así como a otros les salen patatas, a mí chistes, y éstos son como las patatas este año, pequeñas y que no sirven para asar y me encuentro a veces como si un pintor emplease, en lugar de aceite secante, papel secante, que ni seca nada ni saca nada, o como un encuadernador que emplease para empastar los libros la pasta de buñuelos. Pues bien; yo hago lo propio de los hombres (y de las mujeres), irse al grano (cuando le hay), y a él voy. Conste que, al hablar de grano, hablo del bueno, no de los diviesos y otros peores que acarrear fatales consecuencias, si no del grano, del elenco, del tema, de la miga de este artículo, a no ser que sea todo corteza.

Yo supongo que ustedes sabrán que los pueblos, aunque no sean toreros, tienen sus alternativas, y las personas también; en virtud de eso,

un sujeto, Garci-Nuño Santaclara Monte Alto Cogolludo y Sepúlveda, pretendió contraer matrimonio; digo no, pretendió ejercer la abogacía, y para eso se dedicó a correr las siete partidas en grande, pues así ya juzgaba que tenía aprendidas las de Alfonso X el Sabio; comer, comía con apetito voraz, al extremo de atormentar su naturaleza; pero, como él decía: Estudiando bien el Digesto, no hay quien haga mala digestión.

Llegaron los exámenes a fin de curso, y sólo había cursado cartas a su padre en demanda de dinero, saliendo sobresaliente en la asignatura del billar y en la de polémica callejera. Pero, por fuerza de la naturaleza, se hizo hombre, después de haber sido niño, más o menos gótico, y de buenas a primeras dijo a su padre: Padre, yo no sirvo para esto. Voy a empezar otra cosa. Hoy estamos a treinta. Treinta; me planto. No sigo más. Y ¿sabéis lo que hizo? Dedicarse a recorrer el mundo. En primer lugar, y deseando orientarse, se fué a la plaza de Nicolás Salmerón, y con gran contento suyo, desde la estatua de Cascorro divisó las Américas, y bajando por la Ribera de Curtidores, en vez de encontrar, como él suponía, el estrecho de Panamá, se encontró la Ronda de Toledo; por tanto, se dedicó a rondar aquellos lugares, chocándole sobremanera que hubiera algún rastro de aquella primitiva civilización que Colón encontrara en aquellas costas.

Con suma facilidad había recorrido ambas Américas, sin hallar pampas ni desiertos, pero sí sábanas a cinco pesetas.

Cansado de escudriñar todo aquello, se dirigió al fin a un cabo de Seguridad, que con toda seguridad le habían destinado a aquellos paraísos, y le preguntó si podía ir con seguridad; a lo que el del orden contestó: Puede usted ir por todas partes con seguridad; al fin y al cabo por algo soy cabo.

Pensaba progresar mucho, y para eso, por la calle de los Estudios se encaminó a la plaza del Progreso. No desistía de su primera idea, la de recorrer el mundo, empresa no muy difícil, pues él tenía un baúl-mundo soberbio, al cual podía dar vuelta en media hora escasa. Pero se dirigió a Aranjuez y desembarcó en el mar de Ontígola. Allí se hizo a la vela o a dos velas y se dispuso a pasar el Estrecho; en esta empresa lo pasó muy estrecho, porque eso de pasar el Estrecho le venía muy ancho; pero, por fin, lo pasó de parte a parte con un alfiler grande de los llamados matasuegras.

De todo lo que ha visto en todo su viaje de *sport*, lo que más le llamó la atención es que en la Puerta del Sol, a las nueve y más de la noche, vendían el Sol por diez céntimos y que se oyese muchas voces en la plaza del Callao, él que no había querido entrar en el bar Callao porque él creía que no se podría hablar.

También es cierto que no quiso pasar a la Gran Vía, porque no le enredasen en la Red de San Luis, y después de pasar por la calle del Lazo terminara en la de Válgame Dios, o en la de la Primavera.

Como había estudiado algo, discutía a menudo con sus amigos, en especial del movimiento uniforme, uniformemente acelerado y uniformemente retardado, del isocronismo de los relojes probado con la oscilación del péndulo, y un día que vio en una escalera un baúl, al tiempo que ponía debajo de él su bastón como una cuña, dijo: Decía Arquímedes: "Dadme un punto de apoyo y removeré el mundo", y al punto el baúl fué escalera abajo, como prueba inconcusa del principio de Arquímedes.

Una vez pasado el Estrecho, se encontró en Tetuán, y allí quiso visitar la Alcazaba, pero, por mucho que corría, nunca la alcanzaba a divisar; se tuvo, pues, que conformar y proseguir otro camino. Se dirigió al Pacífico y ya se creyó que estaba junto a Núñez de Balboa y Alfonso de Ojeda; pero donde se encontraba era junto al Cuartel de los Doks, cerca del Puente de Vallecas.

Por fin se dirigió al Asia, atravesando los Montes Urales (por supuesto, en aeroplano de un su amigo), y lo primero que se encontró fué un asno que rebuznaba, y exclamó: Tampoco por aquí faltan burros; llegó a la llanura de Senaar, y allí encontró todavía los restos de la famosa Torre de Babel, y aquello para él era una verdadera Babel.

Después visitó Egipto, y allí vio el sepulcro del Faraón Menephtá I, aquel que no quería que los hijos de Israel fuesen a la tierra de Canaán, de promisión, y que lo permitió por las diez plagas que asolaron el Egipto, y de ese señor es sucesor tal vez el modernizado Tutankhamen.

De allí pasó a Palestina, visitando el Monte Sión, el Valle Vorágine, el templo, el Monte Olivete y las demás escenas de Nuestro Señor Jesucristo, en donde su espíritu cristiano se impregnó y se fortificó más y más en las creencias religiosas.

No quiso visitar el pueblo de Belén porque dijo que no le gustaba andar en belenes, y en Taffa se embarcó con rumbo desconocido, y eso que tenía siempre mucho rumbo.

Arribó al puerto de Civita Vecchia, para seguir su viaje a Roma, donde admiró la Columna de Trajano, El Vaticano, las Basílicas de San Juan de Letrán, de San Pablo, de Santa María la Mayor, de San Pedro in Montorio, los restos del anfiteatro, del circo y las Catacumbas.

En Pisa admiró la torre; en Venecia las góndolas; en Carrara, los mármoles, y en Burgos el papamoscas.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.
(Continuará).

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza